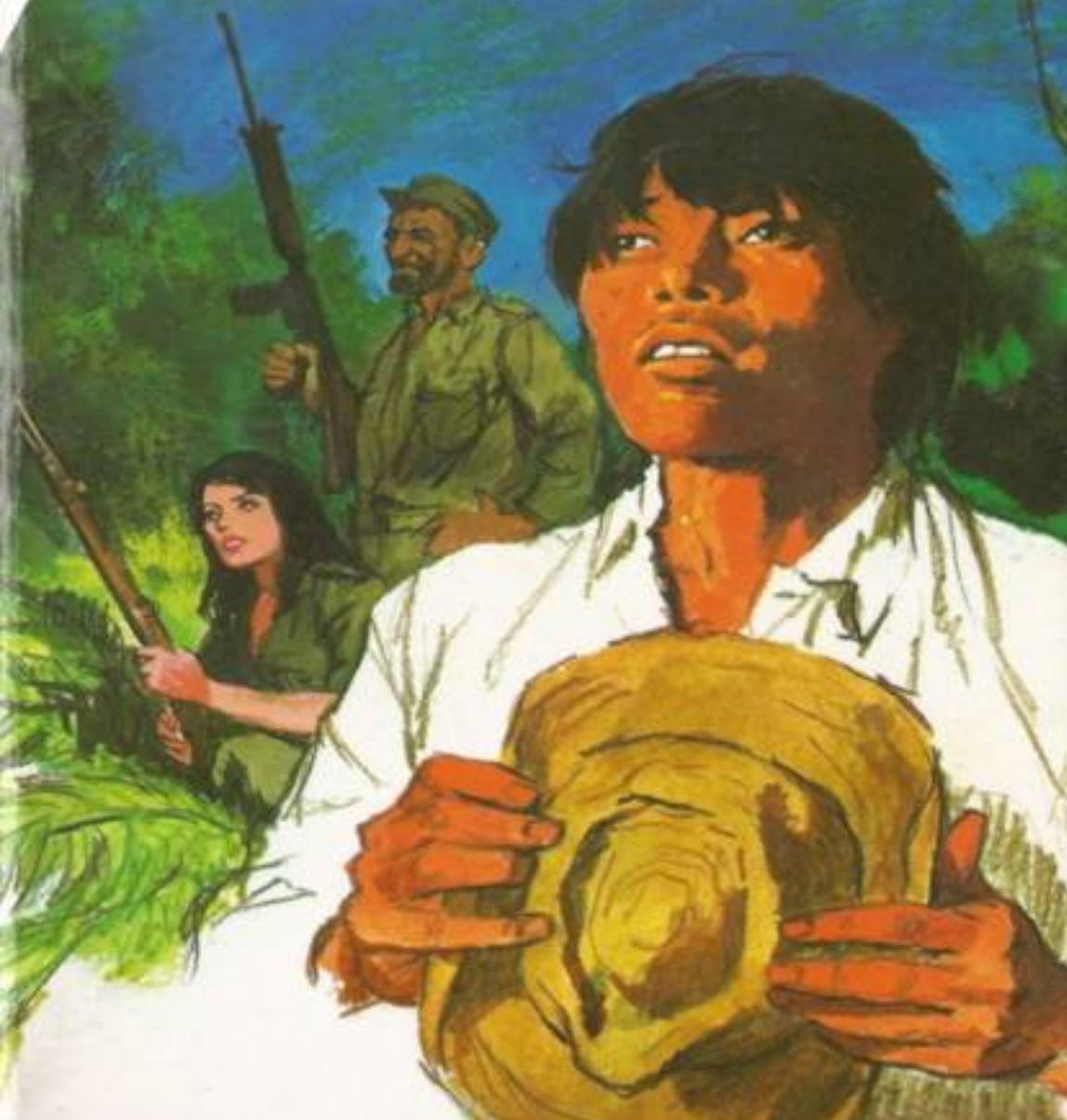


A. Vázquez-Figueroa

# ¿quién mató al EMBAJADOR?



En un país ficticio llamado Esmeralda, que se encuentra entre Venezuela y Colombia, han secuestrado al embajador de EEUU, nadie conoce al grupo revolucionario, que ha osado a hacerlo, pero como condición ponen que el intermediario sea un periodista muy famoso de EEUU.

Por otra parte, un campesino indio, que ha vivido toda la vida, en una hacienda, es vendida y echan a él y a su familia de la tierra y de su casa, con lo cual tendrá que irse a la capital y allí será muy complicado ganarse el pan.

Él lo intentará por todos los medios pero sus hijos se mueren de hambre.

El grupo revolucionario, reclama que todo el mundo conozca la corrupción de sus mandatarios, pudiendo ser un país muy rico con el petróleo, sus ciudadanos no tienen ni para comer.

Lo que no se imaginan, es que el embajador está secuestrado en la misma casa de un poderoso general, por supuesto éste no lo sabe, ya que la nieta es la que pertenece al grupo revolucionario y aprovechan la hacienda porque saben que allí no lo van a buscar ¿conseguirán sus propósitos?, ¿quién matará al embajador?

*A mi hermano.*

## CAPÍTULO I

En la madrugada el frío aumentó.

Se filtró, como siempre, por entre las mil rendijas mal tapadas de la choza y, en manos del viento que comenzaba a despertar en la cumbre nevada del volcán, llegó hasta el rincón en que Huasi dormía, tendido sobre un cartón de embalar, cubierto con un remendado poncho y periódicos viejos.

Pero no fue el frío —al que ya estaba acostumbrado— el que le despertó, sino la tos cansada del mayor de los «guaguas», que dormía en otro rincón de la choza, y el rumor apagado de Teresita que se deslizó a gatas por el suelo de tierra para cubrir mejor al niño con su única raída manta, la más preciada pertenencia de la familia.

Huasi prestó atención a los ruidos externos. Tan sólo llegaba el triste aullar del viento y el rumor de las ratas correteando sobre el tejado.

¡Ratas...! La semana anterior habían mordido al más pequeño, dejándole una fea marca en la cara. No respetaban nada, y Huasi a menudo soñaba que se le metían entre las piernas, a devorarle lo que allí guardaba. Dormía siempre con un corto palo al alcance de la mano, y cuando las sentía correr sobre su cuerpo o molestar a los niños, las perseguía a garrotazos por la choza.

A veces, cuando las alcanzaba y eran tiempos de mucha hambre, iban a parar a la olla. Pero Huasi procuraba evitar que su familia comiera ratas. El «patrón» Mejía le había di-

cho que las ratas traían enfermedades, y él sabía que en sus condiciones, una enfermedad siempre acababa mal. Estaban acostumbrados al hambre; podían resistirla, pero ni los niños, ni Teresita, ni él mismo, resistirían una enfermedad.

El muchachito tosió de nuevo y eso le decidió a abandonar el cartón y la tibia protección de los periódicos. Cuando sus pies descalzos tocaron el húmedo suelo de tierra, un escalofrío le recorrió la espalda, y tuvo que dar varias patadas para hacer huir la desagradable sensación.

Procuró olvidar su hambre. Sabía que no había absolutamente nada de comer en la choza, y resultaba estúpido pensar en comida.

Lanzó una mirada a los «guaguas», y comprobó que estaban arropados, pero aun así les echó por encima los periódicos que había abandonado. Hizo un leve gesto de despedida a Teresita, que le miraba desde su rincón, y salió al helado amanecer, cerrando cuidadosamente a sus espaldas la gran puerta de lata.

La niebla comenzaba a despejar, arrastrada por el viento y por la primera claridad del día que nacía en las laderas del volcán.

Las luces de la ciudad, mortecinas y como cansadas ya, se desparramaban abajo, en el valle, sin el brillo esplendoroso de las primeras horas de la noche: «Las bombillas tienen sueño —pensó Huasi—. Guiñan los ojos con ganas de irse a dormir el día entero».

Contempló la ciudad, que a aquellas horas parecía un cadáver, cenicienta y silenciosa.

¡Qué distinta cuando la contempló por primera vez en el escándalo y la agitación del mediodía, reluciente de olores bajo un cielo azul y radiante! Se le antojó lo más fantástico que hubiera visto en su vida, mientras los «guaguas» se apretaban asustados contra sus piernas y Teresita le aferraba el brazo hasta hacerle daño.

Se dijo entonces que allí, en aquel mundo fastuoso, encontraría algún trabajo que le permitiera dar de comer a su familia.

Tenía el corazón repleto de esperanzas y de miedos.

El «patrón» Mejía había arrendado la hacienda a los americanos para que plantaran «piretro», y los americanos habían comenzado por despedir a los peones, sin importarles que muchos de ellos vivieran en la hacienda desde los tiempos de sus bisabuelos. La flor del piretro, que más tarde serviría para matar pulgas, chinches y piojos, no necesitaba peones. Los peones, por tanto, debían marcharse: dejar las chozas que fueron de sus padres y sus abuelos; dejar los minúsculos terrenos que el «patrón» Mejía les cedía para plantar su maíz y sus patatas; dejar el mundo que siempre habían conocido, y fuera del cual no eran más que tristes parias; marchar a la capital, donde tendrían que ganarse la vida lejos de lo que sabían hacer: cuidar ganado y cultivar la tierra.

Y así, tras ocho días de marchar descalzos por montañas, páramos y valles, habían llegado, al fin, a una loma que dominaba la gran ciudad de Inca, mundo de cemento y colores, de aire extraño y olor desconocido, frente al que Teresita y los niños se sintieron sobrecogidos de terror.

Pero él, Huasi, era un hombre, un jefe de familia, y aunque no supiera leer ni escribir, y apenas conociera la lengua de los blancos, se enfrentaría a todo y lograría que sus hijos tuvieran un techo bajo el que cobijarse, y una comida caliente cada día.

Allí, en aquella enorme ciudad, alguien tendría necesidad de un buen peón dispuesto a trabajar duro.

Trabajar duro era algo natural en la vida de Huasi.

Cuatro años tenía cuando ya andaba solo por las quebradas, pastoreando ganado y buscando hierbas que llevarle a su madre para la sopa. A los siete, segaba como un hombre durante catorce horas diarias, y a los trece tiraba

del arado, porque jamás tuvieron buey, ni mula, y su padre ya se había quebrado el espinazo de tanto hacerlo.

Más tarde, ya casado, trabajaba para el patrón desde las cinco de la mañana hasta las cinco y media de la tarde, y a esa hora, después de cenar —cuando había cena—, Teresita le alumbraba con una tea para que pudiera cavar y limpiar su propio huerto.

Huasi suponía que después de eso podría hacer frente a cualquier trabajo en la ciudad.

Pero en la ciudad no había trabajo.

¡Santa María, qué amargo le resultó el descubrimiento...! Tanta gente que se movía de un lado a otro; tantas cosas que parecían hacer todos, yendo de acá para allá como hormigas enloquecidas; tanto dinero cambiando de mano sin razón aparente, pero nada para un pobre indio que tan sólo podía ofrecer su buena voluntad y sus anchas espaldas.

La tierra aparecía cubierta por una capa de cemento, y nadie podía cultivarla. Los árboles eran sólo un adorno en los parques. Los animales habían quedado reducidos a perros vagabundos y ejércitos de ratas.

¡La ciudad!

Entraron en ella como sombras, sin que nadie advirtiera su presencia, con miedo a que les impidieran el paso, deteniéndose espantados en las esquinas, sin decidirse a cruzar las calles por las que llegaban —rugientes y veloces— modernos automóviles y viejos autobuses que escupían un humo que asfixiaba.

Contemplaron asombrados las negras bocas de los altos portales en cuyo fondo se distinguían los lujosos patios cuajados de flores. Aspiraron el delicioso olor a fritura que surgía de los puestos de comida al aire libre, y se detuvieron, boquiabiertos, frente a los grandes vidrios de los comercios, tras los que inmóviles mujeres blancas permanecían horas y horas sin mover un músculo, vestidas con ropas

tan escasas y provocativas, que la pobre Teresita se negaba a aceptar tan indecente espectáculo.

Sonrió... Tan ignorantes eran en aquellos tiempos, que aún creían que aquellos maniquíes eran de carne y hueso. Tardaron una semana en averiguar que eran estatuas. Como los santos de la capilla de la hacienda, pero con distinta ropa.

¡Y qué hermosas algunas, con su piel tan tersa y sus pechos tan firmes...!

Luego, de pronto, sin que nadie las tocara, se encendieron las luces de la calle. Fue cosa de magia y toda la ciudad parecía una fiesta, porque a los faroles de las esquinas se sumaban las bombillas de las casas, las vidrieras iluminadas de los comercios y los gigantescos letreros de colores de los almacenes, los cines y los restaurantes.

Nunca como ese día sintió Huasi no haber podido aprender a leer. Aquellas letras gigantescas de color rojo, azul o amarillo debían decir cosas fabulosas que él no entendería jamás, pero que le atraían como si en vez de hombre fuese mariposa nocturna. Algunos incluso se encendían y apagaban, cambiaban de colores, y vieron más tarde una gran máquina tan alta como una casa que se movía incansablemente cosiendo con hilo verde una tela blanca.

¡Aquello sí que le gustó a Teresita...!

¡Pobre Teresita que siempre había soñado con el día en que pudiera comprarse una máquina de coser...! Cinco años llevaba ahorrando peso tras peso, y cada vez que parecía a punto de conseguirlo, algo se llevaba los ahorros. Un «guagua» enfermaba; la cosecha era mala; el patrón se olvidaba de pagarles; llegaba el hombre de los impuestos...

—Cuando tenga la máquina, coseré por las noches para la patrona y ganaré algún dinero... —decía—. Quizás algún día, con los retales que vayan sobrando, podré hacer una colcha a los «guaguas»...

—No sueñes, mujer, no sueñes...

Se arrepentía de no haberla dejado soñar mientras quedaba alguna esperanza... Soñar no cuesta dinero. Pero ahora, allí en la ciudad, Huasi sabía que Teresita ya nunca tendría máquina...

En la ciudad no había tierra, ni animales, ni hacienda, ni patrón, ni jornal...

En la ciudad no había trabajo...

Dirigió una última mirada a las luces que comenzaban a apagarse, se arrebujó en el poncho e inició el camino, cerro abajo, hacia las primeras casas de los blancos.

—Tal vez hoy encuentre algo —se dijo.

No existía en Esmeraldas mirador mejor situado que la terraza del estudio de Oscar Sajama. A doscientos metros por debajo, y a tres mil de altitud sobre el nivel del mar, se abría —verde y lujuriente— el largo valle sobre el que se desparramaba la ciudad de Inca.

Al frente, al otro lado del barrio residencial, el volcán llegaba a los cuatro mil metros, coronado en invierno de pinceladas de nieve, con los jardines de la Universidad trepando por sus laderas, y las pistas del Club de Tenis más alto del mundo destacando en un corte de la cañada.

A espaldas del estudio nacía un profundo precipicio bordeado de pinos y eucaliptos, por el que comenzaba a abrirse paso el tortuoso camino que siguieron los españoles de yelmo y espada para llegar a las selvas amazónicas del clavo y la canela.

Cerca, el «Hotel Huayna-Cápac»; lejos, la ininterrumpida serie de cumbres de la cordillera Andina, todas nevadas, todas aproximándose a los seis mil metros de altura, resplandecientes bajo el sol en los amaneceres y la caída de la tarde, pero ocultas por las nubes en los lluviosos mediodías.

En la altitud de Inca el aire aparecía siempre limpio y fresco, como recién bañado, pero allí, en la terraza de Os-

car Sajama, lo era aún más, como si además de bañarse, al cruzar por entre los bosques de eucaliptos, se hubiera peinado y perfumado.

El cielo, tan cerca, de tan azul se tornaba añil en las mañanas, gris pesado en los mediodías, blanco a las cuatro de la tarde y rojo fuego a las seis, en que, de pronto, todo se oscurecía. Estallaban entonces en el valle los millones de luces de la ciudad que parecía contemplada como desde un avión a baja altura.

Nadie podía decidir si la vista era más hermosa de día que de noche; a las siete de la mañana, o a las ocho de la tarde, en que comenzaba a entrar, llegando desde los precipicios, una niebla en jirones, que se entretenía en corretear por la ciudad ocultando un barrio, luego un alto edificio y más tarde las luces de una avenida, para acabar deteniéndose siempre sobre el Parque de Los Caobos y los jardines de la Universidad. Allí dormía la niebla, y muy de mañana, cuando a las seis en punto salía el sol, se diluía en el aire o quedaba como gotas de rocío temblando sobre las hojas y las flores.

Oscar Sajama no hubiera cambiado por nada aquel estudio, su casa y su terraza. No había paisaje que le inspirara más, que le cansara menos, que le alegrase tanto y le llenase —al mismo tiempo— de incontables nostalgias.

Desde allí podía ver, lejos, las casuchas del barrio indígena donde creció. No le separaban de él más de dos kilómetros, y, sin embargo, ¡qué largo camino para llegar allí! Años de andar descalzo; de pasar frío y hambre; de vivir en silencio, sin derecho a una queja, como uno más entre los millones de indios puros de Esmeraldas. Mil sacrificios para conseguir —ya hombre— un banco en una escuela nocturna, aprender las primeras letras y extrañarse por el rostro asombrado de un maestro que contemplaba —atónito— el maravilloso mundo que nacía de la punta del lápiz de «Oscarcito».

Su primer admirador —¡viejito querido!— que consiguió en un baratillo, por tres pesos, un manoseado tratado de dibujo. Allí aprendió Oscar a dominar un poco la desatada fantasía de su lápiz. Luego, largas horas al frío de la tarde en la plaza de Armas, exponiendo al aire libre dibujos que pocos querían comprar a cinco pesos.

¡Mil dólares pagó recientemente un gringo por uno de esos Sajama primitivo y veinte mil pensaba pedirle esa tarde al embajador, si en verdad quería que hiciese un retrato de su esposa!

La observó mientras se llevaba a los labios la taza de café. Era una mujer interesante, con un hermoso rostro sereno, dotado de una extraña frescura juvenil, pese a que ya debía andar rondando los cincuenta. Nada tenía de la clásica gringa, pintarrajeada y mustia, chillona, pesada y mal vestida. Sus gestos parecían impregnados de una suave elegancia europea; ese «chic» francés que tanto le atraía.

Había «algo» en los ojos de Maureen Jones, y en sus manos... «Algo», que le gustaría captar en un retrato, y que —pensándolo bien— tal vez le hiciera rebajar algo los precios.

Ella dejó la taza y sonrió:

—No creo que Douglas tarde. Me prometió estar aquí sobre las cuatro.

—Se habrá entretenido en la Embajada —intervino Maroni, y volviéndose a Oscar, pidió—: ¿Por qué no aprovechamos el tiempo viendo algo...?

Víctor Maroni, escritor y crítico de arte, entusiasta de Oscar Sajama, sobre el que estaba preparando una biografía por encargo de la «Editorial Pallacci», de Milán, no se cansaba nunca de ver cuadros, y aprovechaba cualquier ocasión para llevar la conversación hacia el único tema que —por el momento— le interesaba: vida y obra de Oscar Sajama.

Oscar dudó. Su mirada fue a la embajadora, que le dedicó una de aquellas suaves sonrisas que tanto la rejuvene-

cían.

—Por favor —rogó.

Sajama hizo un gesto a su secretario, que permanecía atento.

—Trae la serie de «La Impotencia» —ordenó con un tono de voz que parecía más bien una petición. Mientras el otro obedecía, montaba un caballete de exposición e iba a buscar los cuadros al estudio, continuó—: En esta serie he querido expresar la impotencia del hombre, «MI IMPOTENCIA», ante los males que afligen a la Humanidad...: Guerra, Hambre, Muerte, Enfermedad, Injusticia, Indiferencia, Violencia, Crueldad, Tiranía...

El secretario comenzó a colocar los lienzos que —como toda obra de Sajama— entusiasmaban a Maroni e impresionaban vivamente a la embajadora.

—Ésta es la Impotencia ante el Racismo... —continuó el pintor—. Como advertirán, el motivo principal de la serie es siempre una mano en primer término. La mano intenta aferrar, inútilmente, la solución lógica que se esboza, sin definirse, en un rincón del cuadro.

—¿Por qué esa solución está únicamente esbozada y nunca definida? —quiso saber Maureen Jones.

—Porque no me siento capacitado para dar respuesta a los problemas... Ésa es la idea... Mi mano busca, intenta aprisionar, pero no alcanza, no define... Está impotente.

—Precisamente éste, el Racismo, parece más pequeño que los otros...

—De todos los males que afligen al género humano, es el más estúpido; el más ridículo, el único que tendría una fácil solución... Advierta que, por eso mismo, está más acabado, y la mano aparece más cerca del fin, lo roza, casi, con las puntas de los dedos.

—¿Ese niño es la solución...?

—Sí. Es el fruto del amor entre hombres y mujeres de todas las razas, que se han unido una generación tras otra,

sin prejuicios, dando como resultado un ser perfecto y armonioso, inteligente y justo.

—¿Realmente cree que el mestizaje es la solución final?  
—comentó Maroni—. ¿Que cada cual pierda su propia personalidad para terminar convertido en un ser único y amorfo?

—No creo que se deba confundir característica racial con personalidad... Además, no pretendo que todos debamos pertenecer «físicamente» a la misma raza... Yo puedo seguir siendo indio andino, usted romano, descendiente de romanos, y la embajadora americana, hija de suecos, pero constituir, al propio tiempo, una sola raza espiritual. Es simplemente una cuestión de amor: todo el que pueda amar a otro sin notar el color de su piel o el olor de su cuerpo, pertenece a la nueva raza...

—Parece lógico —opinó la embajadora— y creo que, en efecto, la solución está al alcance de la mano... No obstante, el día que mi hija menor, Glenda, se confesó enamorada de un negro peinado a lo «afro» que se había hecho millonario tocando la guitarra, se me pusieron los pelos de punta.

—¿Se opuso?

—Si he de serle sincera, yo, por mí, me hubiera opuesto... Pero Douglas creyó que era un error. Invitó al muchacho a casa, escuchó su música y se hizo su amigo... le invitó a un par de recepciones, y un día le presentó a una «starlet» exuberante, con la que lo casó. Entretanto, Glenda perdía la cabeza por un «hippy» melenudo, sucio, estúpido y pobre, pero blanco. —Rió alegremente—. Si quiero serle sincera, me gustaba más el negro. Por fortuna, el «hippy» tampoco duró. Su nuevo «boy friend» dice que es conde polaco... Si se casan, tendremos que mantenerlos. Por eso la tengo ahora aquí, en Inca. Por ver si, con la distancia, se le olvida.

—¿Y si se enamora de un indígena, un «indiecito»?

—¡Oh! —rió de nuevo—. Hace tiempo que tiré la toalla. Mi madre era hija de un embajador austríaco, y se casó con un embajador sueco. Yo soy hija del embajador sueco y me casé con un embajador americano... Pero los tiempos cambian, y las tradiciones mueren. Hoy las muchachas no se enamoran de cortesés y cultos diplomáticos de carrera... El sexo les sale al paso en cada esquina, cubierto de extraños disfraces: «hippy», conde polaco, cantante afro... Y yo lo entiendo. A los veinte años, el sexo es lo que importa, aunque en mi juventud nadie osara decirlo... El mundo ha dado una gran vuelta. Yo fui una joven antigua, pero soy una vieja moderna.

Mentalmente, Oscar Sajama bajó cinco mil dólares el precio del retrato. Lo estaba viendo, con el fondo de la ciudad y el volcán, y Mrs. Jones con aquel traje sastre y el discreto collar de pequeñas perlas. Le haría hablar y hablar de sí misma y su familia, como ahora, y a través de su conversación intentaría captar aquel espíritu joven de mujer madura que tenía tras ella generaciones de tradición europea, de diplomacia, de «saber hacer».

Maureen Jones era una auténtica señora, y ¡había tan pocas ocasiones de retratar una señora! Bien... diez mil dólares era una buena cantidad, aunque su secretario —fiel guardián de su prestigio y su cuenta bancaria— gruñese un poco.

Sonó, dentro, un teléfono. A los pocos instantes apareció una criada india con un aparato que enchufó bajo la mesa.

—Es para usted —explicó—, de la Embajada americana. Maureen Jones soltó un lamento:

—¡Oh! No admita que Douglas le diga que no puede venir... Por favor, insista...

Oscar sonrió y tomó el aparato:

—¿Sí...? Sí, soy yo... Sí, aquí está... Sí, desde luego, no se preocupe... ¿Cómo ha dicho? —Su voz denotaba alarma

—. ¿Está seguro...? Sí, sí... Yo se lo comunicaré, puede estar tranquilo.

Colgó. El rostro de Maureen Jones parecía transfigurado, ceniciento, desencajado. De pronto, había envejecido diez años.

—¿Glenda? —Maulló.

Oscar Sajama negó:

—Su esposo... Parece que ha sido secuestrado.

Norman Hunt contemplaba, a través del amplio ventanal de su oficina, los prados verdes de Washington, y allá, a lo lejos, la cúpula bajo la que el senador Campbell permanecía ignorante de la tormenta que se le venía encima. Cuando la próxima semana abriera el periódico y se encontrara frente a la columna de Hunt, su cínica sonrisa desaparecería para siempre.

A partir de ese día dejaría de ser el político más sucio del país y, en su hundimiento, arrastraría a cuantos le habían respaldado.

¡Y a él, Norman Hunt, podría ocurrirle dos cosas: que le pegaran un tiro en una esquina, o le dieran el Pulitzer!

Tres años le había costado agarrar a Campbell. Tres largos años, pero la espera había valido la pena.

Sonó el teléfono, y sin dejar de contemplar el paisaje, lo tomó.

—¿Sí...?

—Un señor le llama. No quiere dar su nombre, pero asegura que tiene recado para usted del embajador Jones. ¿Paso la comunicación?

—Sí, por favor.

Siguió un corto silencio. Al poco, se escuchó una voz grave, profunda. Su inglés era perfecto, aunque se advertía un ligero acento extranjero.

—¿Mr. Hunt? ¿Norman Hunt?

—Sí. Soy yo.